

AC75

P55

V.1



FONDO BIBLIOTECARIO
VALVERDE Y TELLEZ

VV0800

NOTICIA PRELIMINAR.

VIDA Y ESCRITOS

DE

DON FRANCISCO PIMENTEL.

Honorés soient ceux qui, tenant
une plume, peuvent se dire qu'on
peut relire leur œuvre, toute leur
œuvre, sans y trouver une parole
de haine ou une image de corrup-
tion!

Jules Claretie.

FELIZ inspiración han tenido los Sres. D. Jacinto y D. Fernando Pimentel y Fagoaga al reunir y publicar la colección completa de las obras de su ilustre padre, realizando así un pensamiento por él acariciado en sus últimos años, y que no pudo—á causa de sus enfermedades—llevar á efecto. En vez de hacerle construir un sepulcro suntuoso que serviría más bien para ostentar la esplendidez del tributo y las dotes del artista, los hermanos Pimentel erigen perdurable monumento al autor de sus días, valiéndose de las propias obras de éste, más duraderas, sin duda,

000198

que los materiales que en aquel sepulcro pudieran haberse empleado. Y encuentro tanto más digno el homenaje, cuanto que jamás la vana ostentación de grandeza predominó en el espíritu del sabio filólogo, para quien el amor al estudio y la consagración absoluta á las letras constituyeron los mayores y acaso únicos ideales, como habrá de verse en el curso de esta noticia preliminar.

No tema el lector tener que fatigarse con fechas y detalles numerosos que en otras biografías son indispensables, y que, á las veces, encuentran áridos los que buscan más bien entretenimiento que no instrucción en este género de escritos. La vida de los hombres, como D. Francisco Pimentel, exclusivamente dedicados al estudio y á la producción científica y literaria, si es verdad que ofrece vastísimo campo á adquisiciones y controversias, según sea el punto de vista en que se coloquen el biógrafo ó el crítico, en cambio puede quedar condensada, si así se quiere, en meras efemérides bibliográficas; esto es, en la determinación de épocas, tan útil para la historia literaria del país del cual fué hijo el escritor, cuyas son las obras que se enumeran; sencillas efemérides que guían al que pretende seguir paso á paso el desenvolvimiento de un intelecto y atribuir á las circunstancias del tiempo y del medio las producciones de cada autor.

La vida íntima—personalísima—podríamos decir—de un escritor eminente, ocupa en la historia literaria de otros pueblos, mas, todavía no en la del nuestro, considerable espacio, y á ella conceden los críticos preferente atención, por cuanto que prociérase, ante todo y sobre todo, hacer derivar la obra intelectual de causas más complejas que la sola y pura disposición natural robustecida por especiales estudios, hasta llegar á producir los frutos que ávidamente recogen los

que en ellos buscan instrucción unas veces, grato solaz en otras; instrucción ó solaz que en cualquiera de los dos casos alimentan el espíritu y despiertan en él, no pocas ocasiones, la noble aspiración de ser útil á la patria y de elevar la propia personalidad sobre el común nivel. Por eso es educativa por excelencia la biografía de los grandes escritores; por eso en las naciones más cultas ha llegado á preponderar este género de trabajos, y en vez de hallarlo árido ó tedioso, dedícanse á él con la mayor acuosidad los que persiguen mejor que la conquista de la propia gloria, el adelantamiento de las sociedades; por eso en las aparentemente nimias particularidades, encuentran rayos de luz, que iluminan y ayudan á desentrañar causas que, si quedaran ocultas, privarían al crítico más sagaz, de los mejores elementos de que puede valerse para exhibir en su verdadero lugar el nombre de los sabios que han desaparecido. No importa que para llevar á cabo la ardua investigación se tropiece con obstáculos á primera vista insuperables, pues una voluntad firme y una perseverancia inquebrantable todo lo vencen, y rastreando aquí y allí, se logra el fin propuesto. Pero,—preciso es repetirlo,—no se acostumbra todavía entre nosotros dar tal amplitud á las biografías, y por bien intencionada que fuera la iniciación de estudios extensos y documentados acerca de los más conspicuos autores mexicanos ya muertos, se expondría á no ser leído sino de muy pocos quien tal intentara; porque es muy reducido el número de los que creen aquí que sea necesario escribir todo un libro para dar noticia completa de un escritor. Hay, pues, que resignarse á favorecer nada más una evolución á este respecto, por medio de trabajos que no traspasen los límites de un discreto término medio; es decir, que contengan todo aquello

que por modo alguno es posible omitir; pero abreviando los detalles y no dando á la crítica toda la amplitud de que es susceptible.

La tarea que, dentro del criterio bosquejado en las líneas anteriores, me he impuesto, se reduce, si bien se mira, á ampliar y dar término á los apuntamientos que acerca del mismo D. Francisco Pimentel y de sus obras publiqué, viviendo él todavía, en mi libro: *Los Contemporáneos*, en 1884. No pude entonces, por no apartarme del plan de dicha obra, y por otros motivos que no creo necesario exponer ahora, decir todo lo que desde esa época he opinado respecto á la significación que en las letras patrias reviste el nombre del laureado lingüista. Hoy, mediando otras circunstancias, puedo hacerlo, con la certidumbre de que mi labor será, ya que no magistral y acabada, sí útil para los que detrás de mí vengan, puesto que por especiales motivos poseo datos de incontestable autenticidad para desempeñarla, y también por que al encargarme de dirigir la presente edición, he consagrado, una vez más, largas horas á la atenta lectura de todos y cada uno de los numerosos escritos del Sr. Pimentel.

No se me llame inmodesto por lo que acabo de afirmar. Útil, y mucho, es una contribución, como diría un britano, de esta especie. Recuérdese lo que sobre el propio tema expresó hace más de veinte años el insigne García Icazbalceta (1880) en el prólogo, sustancioso como todo lo suyo, que puso á las *Noticias de Méjico*, por Sedano. «Increíble se hará, dice, á quien no las haya pulsado, las dificultades con que se tropieza cuando se trata de recoger datos para la biografía de cualquiera de nuestros escritores. No es uso entre nosotros, y aun tiénese á vanidad ridícula, que alguien se atreva á dar noticias de su propia vi-

da al frente de una obra suya, y hasta se moteja á quien las franquea para que otro las dé á la prensa. Es, por otra parte, error general, figurarse que no necesita quedar escrito lo que es conocido de todos, ni debe conservarse para la posteridad, como si no se perdiera tan fácilmente la memoria de las cosas que sólo quedan encomendadas á la tradición. No se hacen cargo los que tal piensan, de que un libro no puede ser bien juzgado y aprovechado, sin el conocimiento previo de la persona que habla en aquellas páginas: de la misma manera que en una conversación nos encontramos á disgusto y recibimos todo con desconfianza cuando ignoramos el nombre y los antecedentes de nuestro interlocutor. Por eso los editores de obras ajenas se empeñan en dar al lector noticias biográficas del autor que sacan á luz, á fin de que conocidas las circunstancias de su vida, su origen, sus estudios, sus hechos y sus opiniones, se puedan avalorar sus testimonios y deducir el crédito que merezcan. Pero las más veces, el pobre editor tiene que contentarse con bien poco, cuando el tiempo ha arrebatado ya los contemporáneos del autor, y la obra misma no les suministra siquiera algunas fechas, ó le dice los empleos y cargos que ejerció.»

Apoyado en la autoridad, de todos respetada, del ilustre académico, emprendemos, pues, la tarea de dar á conocer, con mayor extensión que lo que hasta ahora se ha hecho, la vida y escritos del autor de estas *Obras Completas*; tanto para no dejar inconclusa la labor por nosotros mismos comenzada cuando el Sr. Pimentel vivía, como porque los que lleguen á poseer estas obras encuentren reunidos en este lugar los datos que tal vez no lograrían adquirir sino después de laboriosas investigaciones.

A falta de otro mérito, las noticias aquí recopiladas

das y los juicios aquí emitidos, tendrán el de la autenticidad los primeros y el de estar fundados los segundos en autoridades indiscutibles. Las apreciaciones propias nuestras, por desautorizadas que sean, llevarán el sello de la más severa imparcialidad, como hemos cuidado siempre que lo lleven nuestros estudios históricos, biográficos y críticos; porque ha sido un dogma inquebrantable para nosotros, que el escritor verídico, sincero, desapasionado, es el único digno del respeto y de la consideración de propios y extraños, sean cuales fueren las deficiencias y los involuntarios errores que lleguen a señalarse en sus obras. Siglos ha que Polibio dijo que debe renunciar á escribir el que no se sienta capaz de censurar á sus amigos y de elogiar á los que no lo son.

Hijo de honorable familia, hidalgo por su cuna, y más hidalgo aún por sus intachables rectitud y moralidad, nació Don Francisco Pimentel en la ciudad de Aguascalientes, capital del Estado del mismo nombre, el día 2 de Diciembre de 1832.¹

1. He aquí el documento que lo comprueba:

"Al margen un timbre de cincuenta centavos debidamente cancelado.—José María Martínez Ochoa, Cura interino de esta Parroquia de la Asunción de Aguascalientes.—Certifico: que en el libro número ochenta y tres de bautismos, á fojas cincuenta y cinco frente, se halla una acta que á la letra dice: "En la Iglesia Parroquial de la Ciudad de Aguascalientes, en dos de Diciembre de mil ochocientos treinta y dos: el R. P. F. Mariano López Pimentel, con licencia de mí el infrascrito Cura, bautizó solemnemente y puso los santos óleo y crisma á Francisco Javier, nacido en ésta á las diez y media de la mañana del mismo día dos, hijo legítimo de D. Tomás López Pimentel, Rincón Gallardo y de D^a Mariana Heras Riva de Herrera: sus Abuelos Paternos D. Jacinto López Bravo Pimentel y D^a Victoriana Rincón Gallardo, y Maternos, D. Manuel de Heras Zoto y D^a Anna Riva de Herrera: fueron sus padrinos, D. Francisco Flores Alatorre y D^a Josefa Rincón Gallardo á quienes advertí su obligación y parentesco espiritual y para constancia lo firmamos."—*F. Mariano López y Pimentel.*—Una rúbrica.—Dice al margen.—*Francisco Javier.*—H.—Es copia fielmente sacada de su original.—Aguascalientes, Junio 16 de 1903.—*José M. Martínez Ochoa.*—Rúbrica.

Al apuntar su origen y calificar de hidalgo su cuna, estamos bien lejos de querer pagar un tributo á rancias ideas. Creemos que la mejor nobleza, la única universalmente respetada en nuestros días, es la de la inteligencia, la que por sí misma conquista el respeto y la estimación de todos; la que no finca en antiguo abolengo derechos que las modernas sociedades no reconocen ni acatan; pero al propio tiempo opinamos con publicista eminente y apóstol sincero de las doctrinas republicanas, que comprenden mal la democracia los que, invocándola, ponen en menos los antecesores de la cuna. "Por muchos vuelcos que den las sociedades, dice ese autor, jamás alterarán con ellos las leyes fundamentales de la naturaleza. Así como de la forma de nido puede deducirse el tamaño, la capacidad del vuelo y las propensiones del ave que en él crece al calor de la pluma materna, así puede inferirse las inclinaciones que se desarrollarán en el hombre, según sea más ó menos abrigado contra los malos ejemplos del mundo, el hogar que protege su niñez. Los modelos caseros son decisivos en la conducta de toda la vida; y como lo bueno y lo bello se tocan por todos sus puntos, se palpan diariamente las pruebas de que no son bastantes el talento y el estudio para dar á los que cultivan las letras las calidades que no se contrajeron en la niñez. El comedimiento en el debate, el respeto hacia el lector, la delicada elevación del pensamiento y la unión de la forma, las buscará en vano en los maestros el que no mamó de la madre las virtudes que, como simientes, corresponden á estas calidades estimables."

En el curso del presente estudio se verán plenamente demostradas la verdad y la justicia de las atinadas reflexiones que preceden, cuando digamos cómo en el seno de nuestras corporaciones científicas y

literarias sujetose Don Francisco Pimentel á la fiel observancia de los preceptos reglamentarios, desempeñando sin moratorias cuantas comisiones se le confiaron, y cómo se distinguió de continuo por la exquisita cortesía con que trataba á sus colegas, así en lo privado como en el calor mismo de las discusiones que se suscitaban y que enardecían los espíritus con no rara frecuencia. Si ya en los dos postreros lustros de su vida, mostró cierta acervidad en los escritos destinados á la defensa de sus obras, como en su lugar diremos, fué no solamente porque los ataques que se le dirigieron pecaban de rudos, sino también porque la enfermedad que minaba su organismo habia ya modificado, ó por mejor decir, cambiado en gran manera su carácter. La naturaleza que fué para él pródiga al dotarle en muchos respectos, no le eximió del cumplimiento de una de sus leyes fatales: aquella en virtud de la cual es un signo del próximo acabamiento la irritabilidad ante cualquier contratiempo; la intolerancia; el prurito de encontrar en el menor reparo una patente intención de zaherir y menospreciar, que es necesario, que es justo corresponder con creces. Afortunadamente, pocas son las páginas que llenan los escritos del Sr. Pimentel en que se notan estas debilidades.

Contaba dos años de edad cuando sus padres trasladaron su residencia á la Capital de la República, en la cual, desde entonces (1834) y con cortos intervalos, permaneció hasta el día de su muerte. En la ciudad de México, pues, adquirió en los mejores colegios ó con maestros particulares la instrucción que llegó á poseer; pero, sobre todo, á sus propios esfuerzos, á su consagración al estudio, debió el tesoro de conocimientos que le colocaron entre los primeros sa-

bios mexicanos cuyo nombre figura aún en el extranjero.¹

Muy joven todavía, viviendo su familia en Morelia, con motivo de la incana invasión norte-americana, (1847) publicó Pimentel en dicha ciudad algunos ensayos poéticos que olvidó después completamente, pues no volvió á ocuparse en ese género de literatura.² Pagó así en sus mocedades, como la inmensa mayoría de los escritores, su tributo á la poesía; mas dióle de mano en breve, no porque llegara á verla con menosprecio ó porque creyera que su cultivo debe abandonarse á los desheredados de saber y de fortuna, sino porque por especial temperamento y carácter se inclinaba ya á las disquisiciones críticas é históricas.

En 1855 y 56 colaboró en el *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, conocido por de Andrade, al lado de escritores tan renombrados como Alamán, Basoco, García Icazbalceta, Ramírez (Don Fernando), Orozco y Berra, Velázquez de León y otros. Con tres estudios, más importantes que no extensos, intitulados respectivamente: *Michoacán, Texcoco y Toluca*, contribuyó Pimentel á la formación del citado Dic-

1 Fué encomendada su instrucción primaria al distinguido profesor D. Miguel Rico, que fué también maestro del célebre publicista y notable político D. Francisco Zarco.

2 Durante su residencia en Morelia, (1846-1849) estudió principios de latin, así como filosofía, física y retórica, teniendo por maestro á un excelente poeta y abogado á quien en injusto olvido se tiene, á D. Cayetano Bernal. Vuelto que hubo á la capital de la República en 1850, dedicose á adquirir nuevos conocimientos, por sí mismo ó con maestros particulares, del idioma inglés, matemáticas, práctica de agrimensura, historia, literatura, agricultura práctica, botánica y geología. Don José María Salinas, profundo matemático y catedrático del Colegio Militar, fué su profesor más notable en esa época (1850-1855). Y hay que hacer notar que esos estudios no eran un obstáculo para que cooperase con su inteligencia y con su trabajo personal al acrecentamiento de la fortuna de sus padres.

cionario, y esos estudios, que fueron el primer trabajo del autor, revelaron sus excepcionales dotes para aquilatar la verdad en materias controvertidas. Poco más de veinte años contaba entonces, y ya sujetaba á escrupulosa análisis las afirmaciones de cronistas é historiadores, sin conformarse, como nunca se conformó, con el *magister dixit*; amaba la verdad comprobada, y cuando no la encontraba así, pacientemente procuraba desentrañarla y la exponía tal cual á su criterio se presentaba. Así, en uno de esos artículos, que formarán parte de la presente colección, hizo observar Pimentel que los chichimecas no eran de la familia mexicana, como erróneamente habían asentado aun escritores como Clavijero, Humboldt y Prescott. Este descubrimiento, ó por mejor decir, esta revelación debida á sus indagaciones, fué confirmada después por el sapientísimo Orozco y Berra en su *Geografía de las Lenguas de México*.

Uno de nuestros más antiguos y estimables cronistas, el P. La Rea, creía, y así lo afirmó en su obra sobre Michoacán, que los pobladores de ese reino fueron restos de las primeras familias mexicanas que, pasando por allí, llegaron hasta el Valle de México. Pimentel lo contradijo haciendo observar que cualquiera que fuese la relación que diese á los tarascos el origen de los mexicanos, esa relación era falsa, como lo demostraba *la diferencia de su idioma*; porque, decía, «cómo creer que los mexicanos espontáneamente habían de cambiarlo, ó inventar otro, mucho menos tan distinto como el tarasco?»

Al trazar en breves páguas, — como era indispensable hacerlo tratándose de artículos destinados á un Diccionario enciclopédico—la historia de los toltecas y de los tarascos, no se limita á recoger las opiniones de los que le habían precedido,

sino que las discute, las depura, y expone junto á ellas sus propias ideas, fundándolas en la ciencia filológica que, á lo que es lícito suponer, era desde entonces la de su predilección. Poseía nada vulgares conocimientos históricos,¹ y como su estilo estaba, puede decirse formado, castizo—pues son ligerísimas las faltas de lenguaje que un purista podría apuntar, que él reconoció después y que habría corregido si hubiese reimpresso él mismo sus obras—ajeno á adornos inútiles, llevando derechamente á la expresión del pensamiento sin trabas ni estorbos, fácil para la ejecución de la tarea y fácil también para la comprensión del lector. Autor erudito desde sus mocedades,—cosa no común por cierto,—no cansa ni fatiga con las numerosas citaciones que hace para que no se le crea solamente bajo su palabra y porque en materias históricas son de rigor; no sofoca los impulsos de su propia inteligencia, es cierto; pero se guía casi siempre por el criterio de autoridad. No se notan por manera alguna en las páguas por él escritas resabios de ideas deprimentes para las razas indígenas, y al estudiar las civilizaciones desaparecidas, les hace cumplida justicia: censura sus defectos, abomina sus supersticiones, loa su cultura, y con espíritu filosófico, termina diciendo: «Tal es el pueblo cuyo bosquejo hemos querido trazar en tan cortas líneas, y es el fundador de la civilización más ade-

1 Las íntimas relaciones de amistad y parentesco, entre el Sr. D. Joaquín García Icazbalceta y D. Francisco Pimentel, influyeron á no dudar, por modo decisivo, á orientar definitivamente los estudios científicos é históricos del segundo, tanto por el trato frecuente como porque la copiosa y al propio tiempo selecta biblioteca de García Icazbalceta, ponía á disposición de Pimentel todo un tesoro de obras antiguas, verdaderas fuentes primitivas de que no era á todos dado disponer. Cuanto á su consagración á la lingüística podemos asegurar que se debió á la lectura de las obras filológicas de Ernesto Renan, autor admirado por él.

lantada que el viejo mundo encontró en el nuevo. Apenas el transcurso de cuatro siglos y una sucesión de príncipes excelentes en los tronos de Texcoco y de México, pudo restablecerla. Por desgracia la hicieron aborrecible los torrentes de sangre humana que corrieron después en los altares; pero su estudio presenta el más alto interés á la historia general del espíritu humano, considerado en un cuadro de instituciones primitivas perfeccionadas en una órbita particular é independiente.»

Esta serenidad de juicio, y esta elevación de estilo no resplandecen á cada paso en los primeros trabajos de un joven, como lo era entonces Pimentel, y sobre todo, de un joven al que podría suponerse imbuido en las ideas que por lo común privan en los que han nacido y han sido amamantados en hogares como el suyo, que pertenecía á otra raza y á otra civilización. Porque,—preciso es hacerlo notar,—si más tarde, no solamente se ha envidenciado la cultura de las razas sojuzgadas en el siglo XVI por las armas españolas, sino que hasta se ha llegado á la hipérbole al ponderarla, con miras á las veces interesadas, en los que tal empresa han acometido no concurren las circunstancias que en el autor que nos ocupa. Ni perseguía éste el hacerse grato á los remotos descendientes de los aborígenes, ni mucho menos podía pretender arrojar una mancha sobre la conquista española que por ley fatal cambió una civilización por otra.

Nos hemos detenido á hablar de los primeros escritos de Pimentel, porque en ellos se descubre su especial aptitud para las arduas lucubraciones del lingüista, que andando el tiempo le grajearon el más brillante y duradero de sus triunfos y con él justísimo renombre.

Como no era el ansia de notoriedad el que había llevado á Pimentel al campo de las letras, y como, por otra parte, su holgada posición social le ponía á cubierto de tener que fundar en el cultivo de ellas un medio de subsistencia, pasaron seis años sin que fatigase, como suele decirse, las prensas y la atención pública. Mas no se crea que los pasó en enervante ocio. Bien por el contrario, dedicó ese período de su vida á atesorar profundos conocimientos en filología, estudió con ahínco á los más renombrados tratadistas de esta ciencia, y puso los cimientos del templo de su propia gloria, escribiendo y publicando después (1862), el primer tomo de la obra que es, á no dudarlo, la más importante entre las que á él deben las letras patrias: *Cuadro comparativo de las Lenguas indígenas de México*. Tres partes la componen, y su plan es el siguiente: 1º, describir los idiomas mexicanos presentándolos con la posible pureza, despojados de las formas latinas con que los adulteraron los antiguos gramáticos; 2º, comparar y clasificar esos idiomas conforme á las reglas de la filología moderna; 3º, hacer sobre ellos, en el curso de la obra, algunas observaciones críticas y filosóficas.

En la introducción puesta en la primera edición diserta Pimentel extensamente sobre la historia y las aplicaciones de la filología, con tal acopio de doctrina y de autoridades y con tan elevado criterio, que Mr. Aubin, en un informe que presentó al Ministerio de Instrucción Pública de Francia, dijo que esa introducción era una de las mejores partes de la obra, recomendable especialmente por su orden, exactitud y moderna erudición. Idénticos y aun mayores elogios ha merecido ese escrito, por parte de muchos otros autores extranjeros y nacionales; esto no obstante, el filólogo mexicano no lo

volvió á poner al frente de su famoso *Cuadro*, cuando considerablemente ampliado éste, apareció en 1874 en la segunda edición que es la completa; y no lo reprodujo, porque lo consideraba más bien como un trabajo independiente sobre la materia; pero que podía reservarse para incluirlo entre sus escritos sueltos. Así figura en la presente colección.

El *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México* acusa no tan sólo la posesión más completa de los abstrusos conocimientos que el autor había menester, sino una laboriosidad, una paciencia teutónica, benedictina como antaño se dijera. Una vida, que no algunos años de ella, apenas si es bastante para acumular los datos ó elementos que la informan; para comparar lenta y pacientemente las voces contenidas en las gramáticas, diccionarios, catecismos, simples apuntamientos ó noticias obtenidas de particulares; para ir, por riguroso procedimiento lógico, es decir, yendo de lo conocido á lo desconocido, comparando las palabras llamadas primitivas y al mismo tiempo la gramática y su sistema general, especialmente el verbo que es el alma del discurso; para hacer todo eso, digo, se requerían especiales condiciones: no solamente ciencia, sino voluntad inquebrantable, constancia á toda prueba. La empresa, superior y con mucho á cuantas hasta entonces se habían acometido con relación á las lenguas indígenas de México, puesto que sus antecesores nunca osaron abrazar en un solo cuadro todos los idiomas y dialectos y mucho menos compararlos gramaticalmente sino que se circunscribieron á parciales estudios, habría amedrentado á otro que no fuera Pimentel.

Acumuló datos por extremo importantes y no nada comunes ni de fácil adquisición, y contrariamente á

lo que por lo general sucede, los utilizó después de quilatarlos. No se conformó con acoger como verdades las afirmaciones de antiguos gramáticos y ferrosos catequistas, sino que lo discutió, lo corrigió, lo depuró todo, y estableció sus propias clasificaciones, admitiendo cuatro grados de analogía entre las lenguas: el dialecto, la rama, la familia y el grupo; fué de lo más próximo á lo más remoto.

Los que, con justa razón creyó resultados filológicos de su tarea, resultados que se le deben exclusivamente y que tuvo el derecho de reclamar como enteramente suyos, son, entre otros de menor cuantía, los siguientes:

1º Corregir los diversos errores en que incurrieron varios gramáticos adulterando las lenguas indígenas con formas que no les son propias, ú omitiendo las que realmente les pertenecen.

2º Restaurar, en lo posible, las gramáticas que no existían, de varios idiomas, especialmente del mixe y del comanche.

3º Reunir en un grupo que llamó mexicano-ópata nueve familias de lenguas, de los cuales apenas era conocida, y esto, de un modo imperfecto, la analogía de tres: azteca, ópata-pima y comanche. El seri, que figura en ese grupo, era casi desconocido de los lingüistas no sólo europeos, sino americanos.

4º Con relación al mexicano, en particular, dejó aclarado lo que á sus dialectos se refiere, y comprobó que es igual al llamado *nahuatl* y distinto del *chichimeco*.

5º Logró analizar y comparar hasta siete gramáticas de la familia sonorensis ú ópata-pima, y demostró que á esa familia pertenece el *yuma*, contra la opinión de varios lingüistas, y agregó un idioma des-

conocido: el *huichola* que presentó él por vez primera al mundo lingüista.

6º Reunió á la familia mexicana el *caigua* que algunos negaban le perteneciese.

7º Encontró un miembro más de la familia *mutsun*; el idioma llamado *costeño*.

8º Comprobó sólidamente la diferencia entre el *mexicano* y el *tarasco*, y ministró—antes que ningún otro lo hiciera—un dato precioso á los historiadores, respecto á las emigraciones de los pueblos de Anáhuac, y es la demostración de la existencia de vestigios del *tarasco* en el Norte de la República; haciendo ver, al propio tiempo, que es infundada la supuesta analogía con el *chiapaneco* y el *huave*.

9º Analizó el *totonaco* y el *mixe* para comprobar que son idiomas mezclados, entrando en ellos el *mexicano*, y que hay analogía entre el *mixe* y el *zoque*.

10º La comparación gramatical y léxica del *mixteco* y del *zapoteco*; la noticia de diversas lenguas pertenecientes á la misma familia, así como la comparación razonada, gramatical y léxica de los principales idiomas de la familia *maya* y la discusión de cuáles son realmente, á Pimentel se deben.

11º La rectificación del sistema del P. Nájera respecto á la estructura china, al perfecto monosilabismo del *otomí*, y la enseñanza de cuáles son los diversos idiomas de que esa familia se compone—algunos de ellos enteramente desconocidos; la rectificación de varios puntos relativos al *apache*; la demostración de la independencia que existe entre el grupo *mexicano-otomí* y las familias *tarasca*, *mixteco-zapoteca*, *pirinda* y *matlazinga*, *maya*, *otomí* y *apache*; las aclaraciones respecto á los dialectos de varios idiomas; son, como en lo precedentemente apuntado, resultados filológicos por Pimentel alcanzados.

11º Se había acostumbrado considerar—antes de que apareciera el Cuadro de Pimentel—todas las lenguas americanas como vaciadas en un mismo molde. El hizo ver que en México existen cuatro órdenes de idiomas, si se considera á éstos morfológicamente.

Veamos ahora de qué manera ha sido juzgada en el extranjero y en México esa clasificación.

El primer elogio se ve en el opúsculo del Barón de Gagern: *Apelación de los mexicanos á Europa* (1862). «Los lingüistas mexicanos de nuestra época, dice, son: el Lic. Galicia, D. Fernando Ramírez y D. Francisco Pimentel; este último, está publicando, ahora mismo, una sinopsis de las principales lenguas del país, en la cual se ha apartado de aquel método vicioso, y á sus interesantes investigaciones se debe el conocimiento de formas gramaticales tan nuevas y tan originales, como la de la *conjugación de sustantivos*, y principalmente de los *pronombres personales*, en sustitución del verbo sustantivo *ser*; la de la diferencia de las *terminaciones del verbo*, según el número de su complemento; la de la *diversidad de voces para designar el mismo objeto según el sexo de la persona que habla*, y otras muchas que echan por tierra los principios sentados hasta ahora en las llamadas gramáticas generales, aunque en realidad éstas no son más que la reunión de principios comunes á ciertas lenguas determinadas, y siendo el lenguaje un *hecho*, aquellos no pueden conocerse *a priori*. La obra de Pimentel ha de producir necesariamente una inmensa sensación entre los sabios de Europa, por cuyo motivo la hemos traducido al francés, para contribuir, de este modo, al aumento de su circulación.¹

1 La traducción á que el Barón de Gagern se refiere, creemos que no llegó á publicarse. Al menos, ni el mismo Pimentel alcanzó conocerla.

Poco después, Justo Petermann, dijo: «En México se está publicando un trabajo lingüístico de D. Francisco Pimentel, quien sujetó las lenguas del país á una crítica gramatical independiente, en oposición con el sistema antiguo que las forzó en los moldes de las gramáticas latina y griega.»¹

Eduardo Buchmann, reputado lingüista alemán, escribió desde Berlín á Pimentel, con fecha 29 de Mayo de 1864 una extensa carta laudatoria, de la cual copiamos las siguientes líneas: «No puedo expresar á vd. la admiración y alegría de que me ha llenado una producción lingüista de su país, de tal importancia: no hubiera pensado que se hallara en su nación un hombre que juntase tantas lenguas indígenas y con tal habilidad de concepto.»

En Londres, Trubner se expresó así: «La obra de Pimentel, es, sin disputa, el más rico presente que se ha hecho á los lingüistas americanos desde que apareció el tercer tomo del *Mitidrates* de Adelung. Sobrepuja, en verdad, á cuanto hasta aquí se conoce de los escritores mexicanos, aun entrando en parangón el mérito indisputable del P. Nájera, quien se limitó al estudio de la lengua *otomí*, mientras que Pimentel analiza en el primer tomo de su obra nada menos que doce idiomas; sin contar la inmensa superioridad que sus conocimientos en la ciencia de las lenguas y su esmerada erudición respecto á los últimos resultados de la escuela europea, le dan sobre su distinguido predecesor. La introducción está escrita con claridad y buen juicio, y en ella se descubre que el autor conoce profundamente á los lingüistas de Europa, aun los más modernos, como Schleider, Weber, etc., lo cual sorprenderá á los europeos, acostumbrados á

¹ *Comunicaciones del Instituto Geográfico*. Berlín. Tomo 3.

ver á México como un país apenas salido de las tinieblas de la ignorancia.»¹

El mismo Trubner dijo más tarde: «Los jueces más competentes é imparciales proclaman la obra del filólogo mexicano como la más importante que sobre lingüística ha aparecido en América.»

En Francia, Mr. Aubin, en un informe presentado al *Comité d'Histoire, de Linguistique et du Archeologie*, informe que fué publicado en París, no solamente recomendó la obra de Pimentel, sino que desmintió la noticia dada por la *American Revue* de que él (Aubin) hubiese censurado dicha obra. Hizo algunas observaciones al autor, sobre puntos secundarios, que fueron contestadas satisfactoriamente por éste, en el prólogo de la segunda edición, pero aprobó substancialmente el trabajo y terminó afirmando que Pimentel era un hombre de viva inteligencia y de aptitud notable para los trabajos lingüísticos. Tuvo por objeto dicho informe «disipar las nubes que el artículo poco benévolo de la Revista mal informada pudo hacer nacer en el espíritu de un sabio que nos es igualmente simpático por la elevación de su carácter, por la extensión de sus conocimientos y por los lazos de parentesco que le unen á un compatriota, á un colaborador y un amigo, cuyo recuerdo nos será siempre caro, el finado M. Barrier.» dice Mr. Aubin.

Invitado á tomar parte en el concurso filológico abierto por el Instituto de Francia—una de las primeras sociedades sabias del mundo—remitió Pimentel los tres tomos de la 2ª edición de su *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México*. Reunido

¹ Trubner *American and Oriental Literary Review*, (21 de Septiembre de 1865).

el Instituto, en sesión de 2 de Junio de 1876 acordó á Pimentel *una medalla de oro*. Meses después, el corresponsal en París del diario hoy extinto, *Siglo XIX*, decía á este periódico: «Con gran placer hemos visto premiado á uno de nuestros compatriotas en el certamen filológico que ha tenido lugar aquí. La sesión pública anual de las cinco Academias, se efectuó bajo la presidencia del Sr. Bersol, presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, asistido de los Sres. C. Doucet, de Vailly, vice-almirante Páris y Messionier, delegados de las Academias francesa, de Inscripciones y Bellas Letras, de Ciencias y de Bellas Artes, y del Sr. Mignet, secretario perpetuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, secretario actual de despacho del Instituto.»

El jefe del Secretariado del Instituto, Mr. Fingaud, comunicó oficialmente la fausta nueva al laureado filólogo mexicano, con fecha 18 de Noviembre del citado año de 1876.

En los Estados Unidos de Norte América obtuvo la obra el mismo éxito brillante que en Europa. Bancroft la utilizó en su libro *The Native Races of the Pacific States*; el Instituto Smithsonian de Washington obsequió á Pimentel con una colección de obras sobre los idiomas de ese país, acompañada de una muy expresiva carta del Secretario Henry; Hubert Howe Bancroft en el capítulo 17 del volumen 38 de sus obras, califica de admirables las investigaciones de nuestro compatriota; el *Dayley Union*, el *Evening Bulletin* y otras publicaciones, las elogiaron; y con medalla y diploma fué premiada en Filadelfia.

Esos son, entre otros, que por no parecer difuso dejo de citar, los testimonios de que en el extranjero mereció aprobación, elogio y premios el *Cuadro* por Pimentel escrito. Y para que se vea que en su pro-

pio país, fué estimado en todo su valor ese *Cuadro*, haré referencia á algunos de los principales juicios aquí publicados.

Calzado por tres firmas de eminentes personalidades: D. José Fernando Ramírez, D. José Guadalupe Romero, y D. Manuel Orozco y Berra, existe publicado el luminoso dictamen presentado á la Sociedad de Geografía y Estadística por la Comisión nombrada para examinar el primer tomo de la obra de Pimentel.

«Su idea—dice el dictamen en su introducción—es ciertamente de mérito superior, y honra al que la ha puesto en práctica, y á la corporación á que pertenece. Tiene todas las cualidades requeridas para ser estimable, útil y de grande aprecio en la alta clase del mundo literario. No es de aquellas producciones vulgares ni de circunstancias, que hablan sólo á la imaginación, y que mueren con la curiosidad pasajera de su época; es, sí, un trabajo original de grande esfuerzo, que sólo pueden desempeñar capacidades de un cierto orden, y que viene á enriquecer el caudal de conocimientos lentamente acumulados por los siglos.»

Con la inteligencia y la sabiduría de que en todos sus escritos dió prueba, el Sr. Ramírez, presidente de la Comisión y redactor sin duda del dictamen, diserta en éste sobre la ciencia filológica y termina así: «Pero la Comisión se desvía del asunto que se encomendó la Sociedad. Volviendo á él manifiesta que en su opinión esta primera parte de la obra del Sr. D. Francisco Pimentel es muy digna de que se circule á las sociedades literarias de América y de Europa.»¹

La misma Sociedad de Geografía premió más ade-

¹ El dictamen lleva la fecha de 19 de Marzo de 1863.

lante á Pimentel con una honorífica medalla especial, y por último, ella expensó la segunda edición de su obra sobre las lenguas indígenas.

La prensa periódica, por su parte, no le escatimó sus elogios. Numerosos artículos podríamos citar en comprobación; mas creemos que bastará reproducir los principales conceptos del que en el *Federalista* publicó el nunca bien sentido D. Santiago Sierra que, joven todavía, conquistó merecido renombre, y que si la fatalidad no nos lo hubiera arrebatado, habría sido uno de nuestros sabios más ilustres.

«Así, pues—dice el Sr. Sierra—fuera de que la ciencia se debe cultivar ante todo por la ciencia, un libro que pueda prestar á la filología comparada los mayores servicios, habrá merecido bien de la ciencia humana en su más lata acepción. No está lejos el día en que Pietec, con su ensayo de paleontología lingüística, exhumó todo un mundo de misterios sobre el ciclo de las migraciones aryas, y bajó á los cimientos de las modernas lenguas europeas, precedido por la sonda crítica. El nuevo y admirable libro del erudito filólogo mexicano D. Francisco Pimentel, á quien las letras patrias deben ya señalados é inolvidables servicios, puede, á no dudarlo, ser un manantial de luz para emprender estas exploraciones bajo las capas de la civilización antigua, é influir trascendentalmente en muchos de los problemas relativos á lo que fué América antes de la conquista, modificándolos ó preparando su definitiva aclaración.

«Nunca la filología mexicana ha sido estudiada tan profunda y concienzudamente, con tal abundancia de datos y de pruebas, y con tal sagacidad sintética, como en la nueva obra del Sr. Pimentel; ella viene á ser la primera piedra del edificio que deben levantar los lingüistas americanos, reuniendo todas las len-

guas habladas desde Alaska hasta la tierra del Fuego, en un solo cuadro comparativo que resuelva la confusa pluralidad en el menor número de unidades, y no vacilamos en decir, á pesar de nuestra incompetencia, que quien emprenda tan colosal trabajo, tendrá que seguir, para no extraviarse, el camino sabiamente trazado por Pimentel, y que es, en nuestro concepto, por su sencilla estructura analítica, el único que puede llevar al punto en que convergen, originaria ó secundariamente, los idiomas del Nuevo Mundo.»¹

Como quiera que uno de los fines que perseguimos al escribir esta *Noticia preliminar* es el de reunir datos que más tarde puedan servir no solamente para conocer la conspicua personalidad en ella estudiada, sino también ciertos pormenores de nuestra historia literaria; preciso es hacer constar que, como dice uno de sus biógrafos, «para coronar la grande obra de Pimentel, no le faltó ni la circunstancia que generalmente ocurre con los libros de mérito, y es que la vil envidia les lance sus tiros.» Con efecto, díjose con insistencia por sus malquerientes, que él había encontrado, no se sabe cómo, una obra del P. Nájera, olvidada por éste, y que de ella se sirvió para la suya. Tan grosera y vulgar calumnia, fué refutada—por más que sólo desprecio merecía—con abundantes argumentos por uno de los biógrafos del sabio filólogo, argumentos de los cuales el más contundente es el de que Pimentel no sólo no plagió á Nájera sino que lo refutó victoriosamente en los capítulos 31 y 52 de su *Cuadro Comparativo*.

Con deliberado propósito nos hemos extendido en la exposición del pensamiento que informa la prime-

1 *El Federalista*. Tomo VI. Diciembre 2 de 1875.

ra de las obras que figuran en esta colección, y en la copia de los juicios que así en Europa como en América, han publicado, encomiándola justamente. Se trataba de una labor excepcional en nuestros anales científicos y literarios, del monumento que perpetuará el nombre del sabio mexicano, y no era debido mostrarse compendioso en un estudio de la índole del presente.

Pasemos ahora á dar noticia de sus demás producciones.

Descansó Pimentel durante algún tiempo de trabajos lingüísticos, pero sin abandonar el cultivo de las letras, pues en 1864 escribió y publicó el libro intitulado: *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios de remediarla.*

En esa Memoria, que es una acabada monografía hasta hoy no superada por ninguna otra de las que sobre el propio tema se han escrito entre nosotros, presenta Pimentel á la raza indígena desde un punto de vista nuevo en aquella época y que más tarde ha sido—sin citar por cierto á Pimentel—en el que se han colocado no pocos publicistas y aun simples panfletarios, con miras más ó menos interesadas, es decir, para ostentarse acérrimos defensores de una causa por extremo humanitaria y misericordiosa unos, y por conquistar popularidad otros.

Divídese la *Memoria* en tres partes. En la primera de ellas estudia á los indios, en la antigüedad, y da, en magnífica síntesis fundada en numerosísimos é irrefutables testimonios, cabal idea de las naciones que los españoles encontraron en México en el primer tercio del siglo décimosexto, de la religión mexicana, de los principales dioses de la mitología mexicana, de la de los tarascos y otros pueblos; de su

sistema psicológico; de su moral, de sus sacerdotes, y culto religioso; de las formas de gobierno, poderes legislativo y judicial, de sus consejos, nobleza, leyes, sistema de propiedad, hacienda pública y milicia. Hace conocer á sus astrónomos y astrólogos; habla de sus agüeros, de su aritmética y cosmogonía; de su gran fiesta secular, escritura jeroglífica, medicina; de su agricultura y comercio; de su pintura, escultura y otras artes; de su poesía, música y canto, trajes, ceremonias en los nacimientos, matrimonios y funerales, y de la manera con que se educaba á la juventud; y una vez que de todo eso ha dado idea, hace observar los contrastes que presenta la civilización mexicana, como con tradiciones manifiestas.

Al llegar aquí, no podemos resistir el deseo de citar las propias palabras del escritor que nos ocupa.

«El autor que mejor ha discurrido, dice, sobre la civilización mexicana, el elegante Prescott, parece atribuir esos contrastes, unas veces al clima, otras á la mezcla de diferentes razas. La primera explicación hubiera sido muy del gusto del ilustre Montesquieu que tanto exageró ese sistema; pero á nosotros nos parece fútil y desmentida por los hechos. El clima puede ejercer su influjo en ciertos casos, en ciertas instituciones; pero no en todo. Yace el hombre en los países cálidos, tendido en una hamaca engañando las horas del día, porque el calor laxa y debilita sus miembros, y se procura con el movimiento de su flexible lecho un poco de viento que le refresque; el hombre en los países fríos moriría en la quietud; trabaja, pues, para entrar en calor y para que su sangre circule. ¿Pero qué tiene que ver el clima con instituciones cuya raíz se halla en el corazón humano, ora lata entre los hielos del polo, ora en las abrasadas regiones del trópico? ¿Cómo explicar, por ejemplo, por

medio del clima de México los sacrificios humanos? Apenas pudiera comprenderse semejante costumbre allá en las pálidas regiones del Norte, en medio de los hielos y á la luz mortecina de la aurora boreal. — Respecto á la mezcla de razas diferentes, no veo en nuestra historia hechos suficientes para explicar ese contraste, pues la civilización tolteca, que heredaron los mexicanos, ya traía consigo los sacrificios humanos, como lo atestiguan nuestros más fidedignos autores. Supongamos, pues, en una idea más elevada, más general, el contraste de la civilización mexicana, y digamos que consiste en la imperfección del espíritu manifestada en todas las épocas y en todos los países. El espíritu humano no se desenvuelve sino muy lentamente, la verdad no se descubre á la primera ojeada, y, cuántas veces después de grandes esfuerzos y en medio del más profundo desaliento exclamamos con el legislador persa (Zoroastro) «La verdad no es una planta de la tierra.» La civilización es un fruto tardío, que no se recoge sino después de largos afanes y copiosos sudores, y de aquí es que todas las naciones antiguas presentan, sobre poco más ó menos, contrastes notables como la mexicana.»

A seguida de esta hermosa y filosófica defensa, Pimentel, que cuidó siempre de apoyar sus juicios y afirmaciones en la historia y en autoridades indiscutibles, pasa una revista á los contrastes que se observan en las civilizaciones de babilonios, caldeos, indios, hebreos, fenicios, griegos y egipcios, en la antigüedad, hasta llegar á la edad media y aun á los tiempos modernos, para concluir diciendo: «No debe, pues, caber la menor duda respecto á que las aberraciones de los mexicanos no les fueron exclusivas; fueron un fruto común á la humanidad, un resultado de la imperfección humana.»

Termina esta parte de la monografía con el señalamiento de la primera causa de la degradación de la raza, que el autor hace estribar en lo bárbaro de la religión, en el despotismo de los gobiernos, en lo cruel del sistema de educación y por último, en el establecimiento del comunismo y de la esclavitud; todo esto claramente expuesto y debidamente comprobado. «Pero supuesto,—agrega,—que los defectos de la civilización mexicana han sido comunes á otras naciones, y que esos defectos se han corregido con el tiempo, ¿no hubiera sucedido lo mismo con México? He aquí una cuestión puramente hipotética, y por lo mismo inútil para nuestro intento: nosotros no nos ocupamos en averiguar lo que pudo suceder sino lo que realmente sucedió.»

¡Lástima grande, decimos nosotros, que no se detengan con las mismas discreción y cordura de Pimentel, los escritores que á las veces suelen lanzarse á los ilimitados espacios de la fantasía soñadora, en su anhelo por revestir con espléndido ropaje, no del todo ajustado á la verdad histórica, al pueblo domado por los fieros capitanes españoles! Porque, si es de extrieta justicia presentar bañado por la luz de la verdad el cuadro de la antigua civilización mexicana, no se debe por eso poner en tela de duda que la civilización aportada al Nuevo Mundo por las huestes conquistadoras en el siglo XVI, era, en muchos respectos, superior á aquella y por ende significó un progreso; ó de otro modo, marcó una nueva etapa en la vida del pueblo á que nos honramos hoy en pertenecer. Ningún espíritu sereno, ilustrado, puede dejar de ver en ese trueque de civilizaciones el primer paso dado en nuestra patria hacia la moderna y universal cultura. Para crear otra cosa sería necesario descender hasta nivelarse con cierto chauvinista anal-

fabeta á quien oímos decir con columbino candor que si Hernán Cortés dió á través sus naves, fué porque temió que los aztecas se apoderaran de ellas para ir á conquistar á España é implantar allí su civilización que era inmensamente superior, en todos sentidos, á la de aquel reino.....

Ocupase Pimentel en la segunda parte de la Memoria en el estudio de la conquista española y de la predicación del evangelio, con el fin de averiguar qué fué lo que hicieron soldados y religiosos, de la civilización mexicana; si corrigieron ó no sus defectos y qué resultado dió la civilización que traían.

Y como pudiera tal atenuación atribuirse á extrema benevolencia, inspirada por la simpatía de raza y por el influjo, por lo común irresistible de la educación, apresúrase Pimentel á agregar: «Tales son las observaciones que en buena crítica deben hacerse á favor de los españoles, y para disculpar su conducta en la conquista del Nuevo Mundo. Empero, nunca debemos dar tal latitud á esos principios, que justifiquemos todos los excesos que los castellanos cometieron en México; que aprobemos cierto refinamiento de crueldad que usaron algunas veces, y que de ninguna manera debe disculparse en hombres que profesaban la doctrina humanitaria de Jesucristo.»

Los escritores que más tarde han hecho hincapié, para abominar la conquista, en la matanza de Cholula, en el asesinato de los nobles mexicanos por Pedro de Alvarado, en el tormento y muerte de Cuauhtemoc en la ejecución de Caltzozin rey de Michoacán, y en otros muchos hechos que todo espíritu noble condena, deben confesar que antes que ellos, Pimentel dibujó, siquier haya sido en rápidos rasgos, pero llenos de color y de verdad, el cuadro á que fácilmente dieron toda la amplitud que deseaban.

Ni fué menos explícito, ni menos generoso al apuntar los orígenes de la despoblación de México y de la degradación de los indios; formando, por decirlo así, un proceso á los que las produjeron; proceso en que es oída la acusación como lo es la defensa.

Unas cuarenta páginas¹ dedicó Pimentel á historiar los primeros actos de los conquistadores para introducir el evangelio, la llegada de los misioneros, su benéfico influjo, los rápidos progresos del cristianismo y el verdadero resultado de su predicación, debido á múltiples causas que desentraña con sagaz mirada, sin prejuicios de escuela, ni mucho menos de secta; imparcial y filosóficamente expuesta y desarrollada la materia. «Los misioneros se *alucinaron*—dice,—creyendo católicos á los indios porque observaban las prácticas externas del catolicismo; pero el tiempo, el tiempo, conducto seguro de tantos desengaños, ha venido á demostrar esta triste verdad: *los indios no tienen de católicos más que ciertas formas externas*. Esto desgraciadamente es tan cierto, que de cuando en cuando encontramos autores que lo han conocido y confesado, abrumados con el peso de la verdad.»

No se crea, sin embargo, que Pimentel escatima á los primeros apóstoles del cristianismo en México la inmarcescible gloria que les corresponde. «Callan—dice,—las pasiones de la tierra al aspecto de esos santos varones en cuyo pecho no tenía cabida el odio, en cuya cabeza no germinara la ambición, cuyas manos jamás se mancharon con el apetecido oro, y que, desprendidos completamente de la tierra, sólo en el cielo tenían puestas sus esperanzas.»

En otro lugar dice, al hablar de los apostólicos va-

¹ Nos referimos á la primera edición, que es de la que nos valemos para el presente estudio.

rones: «Si bien los misioneros, con un celo poco ilustrado, aunque de buena fe, destruyeron algunos monumentos de la civilización mexicana, parece que se esforzaron en remediar ese mal, pues á ellos especialmente somos deudores de los conocimientos que alcanzamos sobre la historia, la civilización y los idiomas del antiguo México. Considérese los grandes esfuerzos, los muchos trabajos, la paciencia, la abnegación que todo esto ha requerido, y bendiciremos la memoria de los misioneros castellanos: ¡no les era dado hacer más! Centenares de ellos dieron su vida en el cumplimiento de su ministerio, muchos fueron asesinados por los indios en diversas partes del país, y en tales casos sus humildes labios no sabían profetizar sino bendiciones en favor de sus asesinos. ¡Quiénes sino hombres de esa especie podrían borrar de la memoria de los indios tanto desastre, tanta sangre derramada? ¡Quiénes sino ellos pudieron enseñar á perdonar tanta injuria, á amar á sus enemigos, á pedir á Dios por sus tiranos y á resignarse á su triste suerte? Si la conquista fué un bien, ese bien se debe á los misioneros, á sus dulces palabras, á sus acertados consejos y á sus generosas máximas, mucho más que á la espada homicida del guerrero y al arrojo feroz del soldado.»

¡Hermosa antítesis la que ofrecen las líneas que acabamos de citar, con estas que siguen y en las que se retrata á los férreos conquistadores.....! «Es preciso que nos penetremos del carácter de los conquistadores, formado de tres sentimientos que, aunque parecen incompatibles, de hecho los dominaban: el espíritu militar y guerrero llevado hasta la barbarie; el deseo de riquezas convertido en una insaciable codicia; el sentimiento religioso exagerado hasta el fanatismo. Aquellos hombres eran vehementes en

sus pasiones, nada sentían á medias; nosotros los hijos del siglo XIX tenemos más calma, nos reimos de las pasiones fuertes, no porque seamos más virtuosos, sino porque hemos comprendido mejor la moral del interés. Había entre el carácter de los conquistadores y el nuestro la misma diferencia que en el vestido: ¡quién de nosotros podría soportar el pesado casco, cargar la doble armadura, manejar la terrible, lanza!»

Cuarenta años han transcurrido desde que la *Memoria* que veuimos analizando fué escrita. De entonces acá, numerosas publicaciones se han hecho, tocando en ellas, incidentalmente ó con extensión y deliberado propósito, la misma materia por Pimentel tratada con tan grande lucidez como magistral criterio. Pues bien, ¡cuán raramente se le ha citado! ¡con cuánta injusticia y con cuán mayor desdén se ha visto su libro! ¡con qué maravilloso desplante se han parafraseado ó diluido sus sólidos razonamientos, sin mencionarle, para parecer originales, novísimos, como lo hicimos constar más arriba!

Una vez estudiados los hechos, pasa Pimentel á hacer derivar de ellos lo que él llama *tercera causa de la degradación de los indios*: la falta de una religión ilustrada. Por que, á su entender, se puede, sin temor de equivocarse, asegurar «que los indios con la venida de los españoles no ganaron en materia religiosa sino es la supresión de los sacrificios humanos; conquista inmensa para la humanidad, es cierto: pero con la que no debemos contentarnos, y muy poca cosa si se considera lo mucho que se trabajó al principio en la conversión de los naturales.» Y como cree incontrovertible que las leyes civiles no bastan para contener á los hombres, cree también que es preciso una arma más poderosa, una regla invariable: la mo-

ral. Pero como la moral científica, no puede conocerse sino por uno que otro sabio, sólo resta la moral religiosa que es la única que puede entender el vulgo, y, «¿cuándo,—pregunta,—dejará de serlo la inmensa mayoría de los hombres?»

Entremos al examen de la parte tercera de la *Memoria*; la cual parte está consagrada al estudio de las Leyes de Indias, al de las eclesiásticas sobre los indios, al señalamiento de las causas por las cuales no dieron buen resultado dichas leyes: la falta de cumplimiento de algunas, la esclavitud y el protectorado ejercido en favor de la raza conquistada.

Expuesto el espíritu de esas leyes que tendían al amparo y protección de los indígenas y á conceder á éstos todas las exenciones y todos los privilegios posibles, Código dictado con la mejor buena fe y con las más sanas intenciones, Pimentel hace constar, y, lo demuestra con amplitud, que aquella legislación no dió el resultado apetecido, porque no fué exactamente observada, porque unas disposiciones modificaban otras haciéndolas ilusorias, y porque adolecían de errores políticos y económicos propios de la época en que se promulgaron las repetidas leyes.

Muy cuerdamente explica el autor por qué la protección á la raza indígena la perjudicó en vez de favorecerla: «Las ciencias económicas y políticas han demostrado en los tiempos modernos que para prosperar la sociedad en todos sentidos, la regla, el secreto está comprendido en dos palabras: *dejar obrar*. Es cierto que las naciones en su principio necesitan un freno que modere su impetuosidad; pero ese freno debe irse aflojando poco á poco, si se quiere tener una nación de verdaderos ciudadanos, de hombres dignos, y no de esclavos degradados.»

Después, expone la última causa del abatimiento de la raza indígena: *el desprecio con que ha sido vista desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta nuestros días.*

Imperdonable falta sería en nosotros, dejar de reproducir el pasaje con que termina la parte tercera de la *Memoria*, pues en él se condensa el juicio definitivo del autor, acerca de las Leyes de Indias. Hélo aquí: «En qué consiste, pues, que algunas personas de mérito, algunos autores de buen criterio han considerado las Leyes de Indias como un Código perfecto, como un modelo de previsión y sabiduría? En lo que consiste la mayor parte de los juicios erróneos de los hombres: en que ven las cosas sólo por un lado. «Todo cuerpo, dice un lógico juicioso, Balmes, consta de tres dimensiones, latitud, longitud y profundidad; es, pues, preciso examinarle por todas partes si queremos conocerle bien.»

«Las Leyes de Indias, consideradas en cuanto á su intención, fueron buenas; en sus resultados, malas. Respecto á la mala aplicación que de ellas se hizo, y á los errores que contienen, propios de la época en que se promulgaron, no se puede culpar al legislador; pero no por eso dejaron de perjudicar á los indios. Por lo que toca á aquellas disposiciones nocivas á los naturales, pero que tendían á la sujeción de la colonia y á la preponderancia de la metrópoli, era cosa muy natural que cualquier gobierno, cualquiera nación, hubiera hecho, y estaba en el orden de la política; pero con esto se demuestra una verdad de mucha importancia, á saber: que una nación no debe estar gobernada por otra ó dos mil leguas de distancia: que un pueblo dependiente no puede prosperar, porque sus intereses se sacrifican á los de un

amo: que MÉXICO, PARA ADELANTAR, DEBÍA COMENZAR POR SER LIBRE.»

¿No es esto mismo lo que muchos años después de que Pimentel lo expresó breve y sencillamente, han venido repitiendo autores á quienes se atribuye gran clarividencia, perspicaz mirada y criterio modernísimo? Y, ocasión es de preguntar también, ¿se ha hecho por ventura, alusión siquiera á la *Memoria* de Pimentel, á las miras elevadas, á la rectitud, á la severa imparcialidad, al noble anhelo de descubrir la verdad, pura y desinteresadamente, y de procurar el bien, la regeneración de los indígenas para hacerlos verdaderamente útiles y dignos ciudadanos de una República esencialmente democrática, y se han señalado las demás excelencias la obra, que cualquier espíritu justiciero debiera reconocer y proclamar?..... Vano preguntar, pues no habrá nadie que quiera responder con lealtad y sinceramente.

Véamos de qué modo dió Pimentel término su tarea en la parte cuarta de la *Memoria*, que trata de la situación actual de los indios y de los remedios que á su juicio debían emplearse para mejorarla.

«La historia de la raza indígena de México, es una historia de lágrimas y de sufrimientos. Hemos visto á los indios en la antigüedad, en sus días felices, poseyendo conocimientos notables en algunos ramos, con algunas instituciones benéficas y saludables; pero gemían bajo el peso de la tiranía, de los tributos, de sus crueles leyes; los agobiaba el ejercicio de una religión bárbara; desde niños sufrían, sujetos á la disciplina de una educación en extremo rigurosa.

«Son conquistados por una nación cristiana; la cruz de Jesucristo era un faro de salvación para ellos; pero ese faro casi se apaga al impulso de una tormen-

ta deshecha de torpezas y desgracias; los indios poco aprenden de la religión católica; pero la peste, la guerra los abaten y aniquilan. Expídense leyes en su favor; esas leyes no se cumplen en parte; otras conservan de hecho la servidumbre; algunas sancionan el desprecio; aun las que más los protegen aceleran su degradación y su ruina. Los mismos ministros del altar, su consuelo al principio, sus primeros civilizadores, tienen que ser sujetados por las leyes civiles para que no abusen de la sencillez del indio, para que no medren con su candor. ¿Qué crímenes nefandos, espantosos, cometieron vuestros progenitores, ¡oh desgraciados indígenas, que después de trescientos años de sufrimiento no acaban vuestras penas? El destino de la humanidad, dice un sabio moderno, (Cantú) es progresar padeciendo y caminar fatigosamente á la adquisición de la verdad; pero los desgraciados mexicanos han padecido para conseguir la desgracia y el abatimiento.»

Así resume Pimentel con elegante y elocuente frase lo que llevaba dicho, para entrar á seguida al estudio de la situación de los indios en la época moderna—de la proclamación de la independencia á 1864 en que él escribió,—y á proponer los remedios que en su sentir debían emplearse; temas, ambos, de la parte cuarta y última de la *Memoria*.

Desde luego nota el lector la valentía con que se aborda la cuestión. Oigámosle. «He aquí que llega la noche del 15 de Septiembre de 1810. Un humilde sacerdote, en una pobre aldea, da el grito de guerra contra los españoles; un grito más bien de instinto que de razonamiento; un intento vago, más bien que un plan maduro y meditado. Sin embargo, apenas se levantan los primeros soldados de la independencia, su santo y seña da á conocer el impulso que los mueve: ¡Viva

la Virgen de Guadalupe! ¡Mueran, los gachupines! Estas exclamaciones han sido criticadas en nuestro tiempo. Para nosotros, humildes amantes de la libertad, esas palabras expresan el sentimiento que anima todos los partidos: desear la vida de lo que se ama y la muerte de lo que se aborrece. La Virgen de Guadalupe era la personificación de lo único que los indios encontraron de consolador en sus desgracias, de la religión cristiana; era el recuerdo de los benditos misioneros que los libraron de la garra de los conquistadores; era la memoria de los primeros pastores que los ampararon y defendieron; la imagen poética y dulce de María fué el paño de sus lágrimas, el confidente de sus congojas, el sostén de sus miserias. ¡Mueran los gachupines! He aquí una reminiscencia de la conquista, de Cholula, de Pedro de Alvarado, de Nuño de Guzmán, de la ejecución de Guatimozin; un recuerdo de la esclavitud, de los encomenderos, de la marca, del palo, de la mita. La guerra de independencia, fué, pues, una guerra de venganza.»

Hemos calificado de valiente esta manera de tratar uno de los acontecimientos más trascendentales y más contravertidos de nuestra historia, porque, en efecto, valentía de espíritu verdaderamente esforzado se necesitaba poseer para proclamar con la entereza con que Pimentel lo hace, á pesar de su origen, de su educación, de sus relaciones sociales, de los lazos que le unían con el partido á la sazón en el poder, que el grito de los que iniciaron la épica lucha de 1810, tenía razón de ser y era humano, como se usa ahora decir. Empero, si de buen grado reconocemos la noble independencia de carácter que revelan las palabras transcritas, no por eso dejaremos de oponer un reparo al concepto por Pimentel formula-

do, de que el primer grito de guerra contra los españoles fué más bien de instinto que de razonamiento, vago intento y no plan maduro y meditado. No; Hidalgo, al acometer la titánica empresa, no procedió por simple instinto, inconscientemente. La escuela histórica por Alamán fundada, así se esforzó en probarlo, así lo enseñó y así lo enseñan sus últimos adeptos; pero pensadores más escrupulosos, más documentados, más imparciales por haber florecido en tiempos en que al ánimo sereno, imparcial y justiciero, le es dado rendir culto á la verdad y nada más que á la verdad, han demostrado que el Padre de la Libertad, por su cultura, superior á la de la mayoría de sus contemporáneos, por su amor á los desheredados, por propia inspiración y por nobilísimos anhelos, concibió la idea de la emancipación de la patria, la meditó largo tiempo, acumuló elementos para la guerra, se puso en contacto con los que como él opinaban y la proclamó, tornándose caudillo el pastor de almas, peleando como si guerrero fuese, y muriendo por la santa causa en un patíbulo. Hidalgo sabía muy bien lo que quería; no se le ocultaban las dificultades de su empresa, ni mucho menos el fin que le estaba reservado: el sacrificio. Todo lo arrojó, porque el humilde sacerdote de pobre aldea, había nacido héroe, es decir, era un predestinado á la lucha y al dolor hoy; á la gloria y á la inmortalidad mañana; á ser vituperado y escarnecido primero, y después á ser uno de los semidioses de los que adoran á la libertad.

No es este, ciertamente el lugar en que se pueda sin desviarse del plan adoptado desde el principio, disertar ampliamente para dejar en el lugar que le corresponde, al primero y por ende el más grande de los héroes que forman el blasón de la patria mexicana. Basten por lo mismo las someras observaciones